

## Un tarde más dónde mismo

Los atardeceres me sumen en un estado de melancolía. Como si algo se perdiera cuando el sol comienza a desaparecer en el horizonte y la oscuridad se deja caer. Siento que soy una completa decepción. Que contraste con los amaneceres tan llenos de energía, de programas, de cosas por hacer. La oscuridad los relega al plano de proyectos. La historia de mi vida. Un eterno ciclo de inicios, intentos de renovación, reseteo, de grandes proyectos vitales. El entusiasmo que produce el primer atisbo de luz de día. 'Hoy sí, es diferente', me voy arengando mientras pedaleo con energía al trabajo. Y, demonios, nunca es diferente. Se desinflan en cuánto pongo un pie en el trabajo. Como si ese lugar tuviese una energía medio mágico, de la magia mala. Una especie de vórtice que succiona la vitalidad, la voluntad. Por eso me entristece el atardecer. Es el momento para rumiar el desencanto.

No sé si alguien leerá lo que estoy escribiendo. Todos mis intentos por comenzar una vida nueva, están marcados por las ganas de ser escritor de ficción. Obviamente nunca he pretendido ganarme la vida con la literatura, pero sí escribir relatos que me dejaran satisfecho. Que muestren los amaneceres, porque los atardeceres son manifiestos. Soy un tipo muy retraído, poco dado a mostrarse. Creo que soy un enigma para la gente que me rodea. Que mejor: un buen texto que les muestre como soy realmente. Aunque ni yo pueda precisar muy bien cómo va eso.

Me estoy yendo por las ramas. No tienen mucho sentido las disquisiciones sobre la vocación o el talento. Lo que quiero decir es que me siento a escribir antes que me abandonen las energías o que los recuerdos se desvanezcan. Ayer tuve el día más extraño de mi vida. Una experiencia que es difícil de expresar. Más que nada sensaciones y emociones, que generan un estado inquietante. La cosa es que no me da para definir lo que pasó. Simplemente queda el relato de lo sucedido, la descripción de situaciones, estados emocionales. Fue hermoso, y a la vez perturbador. Ya lo dije, no puedo alcanzar la precisión. Quizás sea falta de capacidad, o simplemente no existan las palabras que permitan ser exactos.

La tarde del 3 de abril, después del trabajo, fui a visitar a mi hija. No piensen que es algo extraordinario. Es una rutina que sigo desde que

nos separamos con su madre, de eso harán unos veinte años. Como todos los días me paré frente a la casa en que vive y la llamé por teléfono. Me hizo entrar y estuve jugando un buen rato con mi nieto. Su papá lo fue a acostar, y como nunca hago me quedé charlando con ella. Fue algo muy extraño, pues en cuanto Jorge se acuesta, yo emprendo mi camino a casa. Puede que algún día me quede un rato resolviendo algún problema concreto, o teniendo una charla con preguntas y respuestas rutinarias. Esas del orden '¿cómo has estado?', o ¿qué tal le va al chico con el cambio de dieta?, o ¿necesitas algo? Nada que comprometa emociones o que pueda remover heridas.

Ese día fue distinto, porque yo no estaba bien. No es que los otros días estuviese especialmente brillante. Ya saben, mis visitas siempre eran en esas horas difíciles del día, el atardecer. Igual siento que tengo una capacidad especial de enmascarar mis emociones. Un poco el síndrome del clown. Reír por fuera, mientras interiormente intento contener un colapso general. Quizás sea mi impresión, y en realidad ella simplemente juega su papel. Me sigue la corriente. Para el caso, no importa.

El asunto es que tenía una gran preocupación. EL hermano de Julia, así se llama mi hija, Marcelo, llevaba muchos meses evitándome. Esto de las visitas vespertinas, cuando ambos vivían en la misma casa, los involucraba a ambos. No podía entrar a su casa, pero nos reuníamos en un parque lineal que recorría todo el condominio. Sentados en una banca o yendo a comer a algún restaurante cercano, pasábamos un par de horas. Supongo que todo funcionó mientras fueron niños, pero de adolescentes las cosas se fueron complicando. Especialmente con Marcelo, mucho más frontal que su hermana. No dudaba en mostrar su enfado e incomodidad con esta rutina. Igual nos veíamos, quizás no tanto. Además, se fue rodeando de un grupo de amigos, que no me daban muy buena espina. La cosa es que nuestra relación se tensionó y llevaba varios meses de no verlo.

- ¿Has visto a tu hermano? - le pregunté sin muchos preámbulos.
- Poco-contestó de mala gana.
- Estoy preocupado hija.

El tema de Marcelo se había vuelto recurrente en nuestras esporádicas conversaciones. Podía sentir que le molestaba. Él es el mayor y siempre concitó mucha atención. Supongo que, a estas alturas de nuestras vidas, le molestaba que siguiera siendo la mega estrella de la familia. Esperaría que me preocupara más por su

vida, sus problemas, sus deseos. Pero ella era la niña buena, la que nunca daba problemas. Él un rockstar.

- No se papá, hace tiempo que no lo veo - interrumpió molesta, claramente quería cortar rápido el tema.
- Creo que está tomando demasiado. No hace nada por su futuro - continué como si no la hubiese escuchado.

Se produjo un silencio largo. Me miró con detención. Sentí que me escrutaba en detalle. Vi asomar un dejo de tristeza, como si me estuviese compadeciendo. Seguro era por mi apariencia. Esa mañana mi espejo me había delatado lo envejecido que estaba. El pelo casi blanco, profundas arrugas alrededor de los ojos y marcadas líneas de expresión en la frente. Y, lo que le me daba peor aspecto, unas oscuras ojeras enmarcaban unos ojos que denotaban cansancio. Vi compasión en la mirada de Julia y me caló profundo. Me sentía descubierto, a pesar de todos mis esfuerzos. Era un hombre abatido. Algo que no podía disfrazar ni siquiera la energía que desplegaba al jugar con su pequeño de tres años. Siempre dispuesto a desarrollar el papel del abuelo juguetero. Definitivamente no estaba bien.

Sentí pánico. A quién quería engañar. Todo ese rollo de la energía y el buen humor no eran más que un embuste. ¿No era lo mismo cuando niños, como un reloj, todas las tardes parado frente a su puerta? Con una sonrisa. Con atención y energía. El pulso se me aceleró, me sofoqué. Me sudaban las manos, la habitación se empequeñecía y se cerraba sobre nosotros. El encierro se volvió agobiante.

- Papá, mírate esas ojeras- me reprendió como si fuera un crío- Olvídate de Marcelo, seguro está bien. Cuídate. Duerme más.
- Estoy bien, no te preocupes-intenté una huida, tartamudeando, queriendo zafarme de ser foco de atención- Anoche comí demasiado.

La respuesta fue torpe, lo supe al instante. Una muletilla cada vez que intentaba hablar sobre mi bienestar. Se produjo un silencio que me pareció eterno. Estaba incómodo, claramente ella lo notó. Era muy raro que nuestras charlas girarán en torno a mí, el mago del escape. No quiso incomodarme más, o simplemente se rindió. La conversación acabó ahí. Partí, como siempre, caminando con vitalidad. Controlando mis movimientos, sentí que despejaría sus

preocupaciones. Di por hecho que al día siguiente estaría parado frente a su puerta como si nada.

## El Espagueti

Debí partir directo a mi casa, acostarme y esperar un nuevo amanecer para estar repuesto. Ese día fue diferente. No quise quedarme con la sensación molesta que producía mi hijo evitándome. En realidad, no sabría decir que esperaba lograr, o de qué forma lograrlo. Necesitaba verlo, aunque entraba en pánico ante la idea. Le temía a su frontalidad, porque desarmaba todo mi andamiaje de protección. Julia guardaba silencio. Seguro respetaba mi mutismo. Pero Marcelo no era de los que se guardara algo. Reconozco a mi favor que era un acto de valentía. Pese a la profunda incomodidad que me revelaban los retorcijones de mi vientre, estaba dispuesto a seguir buscando a mi hijo en lo que quedaba del día.

Su vida se desarrollaba en torno al barrio. Sus amigos, sus puntos de interés, no sobrepasaban el radio de algunas manzanas. La casa en que vivía Julia también quedaba por donde mismo. Así que enfilé por en medio de algunas calles angostas hasta desembocar en una más ancha, de doble vía con una franja divisoria al centro. Casi automáticamente caminaba a la casa de El Espagueti, el mejor amigo de Marcelo. Por lejos. Inseparables desde la época del colegio, no se me ocurría nadie mejor que él para orientarme.

Me paré frente a la reja de su casa y toqué el timbre. Por fortuna salí directamente, no estaba de ánimo para formalidades con padres amistosos. Alto, de más de 1,90, muy delgado, con su eterno rostro de niño. Que bien le venía el apodo. Longilíneo, de extremidades largas, bien pasaría por jugador de baloncesto. Había algo en este chico que siempre me agradó. Su tranquilidad. De hablar pausado, respetuoso, emanaba de él un áurea especial. Media mística. Una especie de santón. Creo que siempre lo vi como un chico bueno. Una muy buena influencia para mi hijo.

- Hola, ¿cómo estás?
- Bien tío-otro detalle que siempre me gusto en él, el llamarme tío- ¿Y Tú?
- Si, todo bien-respondí poco convencido- Oye, ¿no ha andado por aquí el Cucho? -muy poca gente conocía a mi hijo por su nombre.

- Si, estuvo por aquí hace un rato-contestó en tono entusiasmado, pero al ver mi expresión creo que se arrepintió de la energía que había puesto en esa frase- Debe estar cerca.

Notó mi decepción, lo observé incómodo. Bajé la mirada y moví la cabeza. Ni siquiera sabía muy bien que hacía parado en ese lugar. Aunque Marcelo estuviese presente, no se me ocurriría como abordar lo que estaba sintiendo. Inspiré profundamente, logré calmar el malestar de estómago y me quedé mirando por un buen rato al bueno de El Espaguetti.

- Tu eres lejos su mejor amigo, verdad-una afirmación que me salió algo extraña, como fuera de contexto.
- Si, tío-respondió algo titubeante- Hemos sido yuntas desde el colegio. Mira que eso es una porrada de años. Conozco su familia y el conoce a la mía.
- ¿Cómo lo ves? -mi pregunta lo incomodó, no respondió y se limitó a mirarme con extrañeza- Quiero decir, tú hablas mucho con él. En que anda, que piensa del futuro. No veo que haga nada, me preocupa.
- Yo creo que está buscando-había recuperado su acostumbrado control, y respondía con ritmo pausado- Bueno, yo aún vivo con mis viejos, igual que él. No me apura mucho eso de independizarme o buscar mi espacio. Quizás en un tiempo más. Creo que el Cucho piensa como yo. Aunque él tiene más problemas...-me miro, como sopesando si era correcto seguir- Con su familia. Por eso trata de no estar en su casa. Se queda mucho conmigo. A mis papás no les complica. Lo quieren mucho.
- La verdad, Espaguetti, es que lo veo muy perdido. No sé. Bueno para tomar y quizás para meterse que otras cosas-me sorprendí siendo directo como nunca.
- Estuvo acá como dos días. Como siempre, hablamos mucho- me miraba a los ojos con cierto aire paternal, tranquilizador- Estaba un poco alterado, decía que tú lo estabas buscando. Tío, igual te tengo cariño, cachái. Te preocupái por tus hijos. Encuentro que está bien. Pero él está en otra.

La conversación se salía de control, lo que la volvía incómoda. Se me escapó un suspiro, mis hombros cayeron hacia delante y descansé hundiendo el pecho. Sentí mucho cansancio, ganas de dejarme caer, quedar desparramado ahí mismo. La iniciativa estaba de mi parte, sin embargo, sabía que no haría nada por poner todo en movimiento

nuevamente. Simplemente había congelado la conversación, no tenía intención alguna de hacer el más mínimo gesto por continuarla.

- Déjalo así-interrumpió el muchacho, lo que de cierta forma me alivió- Cachái que son cosas de él. No sacaí nada con ir de aquí para allá o de machacarte la cabeza. El Cucho es un buen gallo, no le va a pasar nada. No anda en nada malo. Todos nos estamos buscando y es difícil.

Me sentí ridículo en esa situación. Un mocoso que apenas llegaba a los veinticinco años me daba consejo. Me pasé la mano por el pelo y miré hacia un costado. Una pequeña punzada en la sien me advertía que se avecinaba una jaqueca. Mi boca estaba seca, la sentía amarga y pastosa la lengua. Cerré los ojos y tomé una bocanada de aire, hasta sentir que mis pulmones se llenaban. Luego fui exhalando lentamente, lo que logró atenuar el dolor y me tranquilizó. Abrí lo ojos y noté la incomodidad de El Espaguetti. Le sonreí, moví la cabeza levemente de arriba abajo en una secuencia lenta, di media vuelta y lo dejé atrás sin despedirme.

Continué mi caminata en subida, hasta alcanzar una avenida con mucho movimiento vehicular. Sentí los parpados pesados. Se me cerraban los ojos. Me quedaba sin energía, al punto de tener una cierta dificultad para respirar. No quería seguir. Así, en el sentido más general. Si hubiese sido una máquina apretaba el botón de apagado, y quedaba estático.

El lugar era puro cemento. Veredas y calles. Sólo algunos raquíticos arbolitos rompían la monotonía gris. Creo que pensé que no era un buen lugar para caerse muerto, por lo que me puse a caminar por la avenida, pretendiendo encontrar dónde parar. Al menos para recobrar algo de ánimo.

### Dónde está Marcelo

A lo lejos, en un semáforo, vi a un chico que hacía malabares. Sonreí, era inconfundible. Su pelo rojo, la figura fornida, la habilidad con las clavos. El Zana, uno de los buenos amigos de Marcelo. La visión fue una inyección de energía. Se esfumo el cansancio, mis hombros se fueron hacia atrás y mi pecho se infló. Apure el paso hasta alcanzar el lugar. A diferencia de El Espaguetti, el Zana no me generaba simpatías. En primer lugar, porque era pelirrojo, de esos de grandes pecas en la cara. Me producían rechazo. Y sabía que era el quién le vendía drogas a mi hijo. Una mala influencia.

La luz del semáforo estaba en rojo, estaba ocupado en su actuación. En un costado, en la acera, otros dos de edades similares miraban. Un muchacho con tres cuchillos largos y unca chica con cintas de colores en cada mano. Seguro alternaban en la misma esquina.

Cuando ya daba la amarilla hacia el otro lado, el Zana paró su acto y paso pidiendo una colaboración entre los autos detenidos. Lo miré, intentando llamar su atención. Me vio, por un instante mantuvo la mirada, para luego dar media vuelta y juntarse con los otros chicos. Me acerqué a ellos, con las manos empuñadas, sudando las palmas, con esa perpetua sensación de malestar.

- Hola Zana-le dije al acercarme- Ando buscando a Marcelo.

Me miró a los ojos, desafiante. Notaba desprecio. No dijo nada. Dio media vuelta, comenzó a trotar, con impresionante destreza cruzó en medio de los vehículos que pasaban a gran velocidad con vía libre. Suspiré, moví la cabeza y dejé caer los brazos a un costado. La chica miró como se alejaba el Zana, se levantó y se dirigió donde yo estaba.

- ¿Está buscando al Cucho?- me preguntó con una voz aguda, que sonaba infantil.
- Si-le contesté mientras intentaba reconocer su rostro. Seguro la había topado más de una vez, pero no la recordaba.
- Pasó por aquí hace un rato. Iba dónde el chamán.
- ¿El Chamán? -no pude evitar que saliera algo agresivo, un poco como 'quién mierda es el Chamán'. Seguro que el tono no le gustó, fue evidente su molestia- Perdona...Es que llevo mucho rato buscándolo...



- Estoy siendo buena gente-replicó- Te digo porque vi que el Zana ni te pescó.
- Perdón, perdón-insistí- Dónde vivé el Chamán.
- En acueducto, al lado de la boti-respondió taimada.

Había estado ahí, conocía el lugar. Cuántas veces Marcelo me pidió que lo llevara. Seguro era quien les vendía drogas a todos estos chicos. Sentí rabia. Más en contra mía. Un tipo que hacía su negocio. Lo mío era imperdonable. Oficiar de taxista, sin cuestionar nada. Que no sabía, era una excusa. Me hacía el tonto nada más. Prefería pecar de ingenuo y después sorprenderme.

Camine unos veinte minutos. Pase por varias calles, sintiendo el esfuerzo de vencer la pendiente. El cambio no sólo se notaba en la gradiente. Las casas fueron disminuyendo en tamaño y en cuidado. Esas de dos pisos, con antejardín y auto a la puerta, dio lugar a otras más chatas y en evidente estado de abandono. De las calles vacías, en las que apenas circulaba la gente, diseñadas para el paso de los autos, a otras más estrechas y concurridas. Caminaba al son de mis pensamientos, no pudiendo evitar sentir inquietud a medida que avanzaba. Volvieron las palpitations, el sudor, la sensación de agobio. El malestar estomacal, el ahogo que me impelía a respirar con poca naturalidad. Sentía que a mi paso se volvían las miradas y se producía un murmullo. Llegué a pensar en desertar, pero hoy me movía una fuerza distinta. La preocupación y el amor de padre. O al menos eso creía.

La luz en los postes se fue haciendo mortecina. De la pulcritud y el esmero en las áreas públicas, pasamos a desorden, desperdicios y un olor molesto. Probablemente hubiese un animal muerto. Era de tal su intensidad que provocaba náuseas. Estaba en el lugar indicado. La botillería trabajaba a full, atendiendo a un montón de muchachos que entraban y salían cargados. No era una noche especialmente cálida, sin embargo, el sudor corría por mis axilas. A pesar de estar en espacio abierto, sentí que todo se cerraba sobre mí. Las paredes de las edificaciones, los postes, los esmirriados árboles que crecían tristemente sobre la vereda, los rostros de los muchachos que miraban de forma hostil. Me sentí en peligro. Bueno, objetivamente estaba en peligro.

Se formó un corro de rostros en torno a mí. Ninguna era mi hijo. Suspire, frustrado por mi fracaso. Sabía que no iba a salir bien parado de ésta. Miré al suelo dejándome llevar el desánimo. Una sensación extraña de desdicha. Que era muy dolorosa, pero a la vez tenía un extraño matiz gratificante. Suena muy raro. ¿Me regocijaba en mi pena?

- Que pa, hermano-me hablo alguiena pocos centímetros de mi mejilla- Acaso soi rati.
- Tío, tío. Una monea pa una chela-me habló alguien por atrás.

No tenía miedo. O sea, miedo si, el normal supongo. Me refiero a que no entré en pánico. Creo que estaba resignado. Me empujaron, casi caigo de rodillas. Las voces y las palabras eran indistinguibles. Cómo aullidos de lobos que estaban por despachar a su presa.

- ¡¡Ya basta!!-gritó alguien con voz gruesa- ¡¡Paren ya!!